

## LA CANCIÓN FAMOSA A UN DESENGAÑO DEL PADRE JUAN DE ARRIOLA, S.I.

### Texto y contextos imitativos\*

Cuando, pasada la segunda década del siglo XVIII, el Padre Juan José de Arriola imitó la famosísima canción que otro jesuita mexicano, el Padre Matías de Bocanegra, había escrito más de un siglo antes, se inició en México un curioso quehacer poético. Las varias imitaciones que hacia ese entonces se escriben partiendo de ambos poemas parecen trazar una trayectoria ética y teológicamente peregrina.

La *Canción a la vista de un desengaño* del Padre Bocanegra ha sido frecuentemente reimpresa en nuestro siglo, siendo ya pieza común en las antologías de la poesía de la Nueva España. Sus imitaciones han sido recordadas por lo general en nota a pie de página y, que yo sepa, no han vuelto a ser editadas desde que cundieran en múltiples impresiones a fines del siglo XVIII<sup>1</sup>. Por la importancia del Padre

\* Agradezco a la John Simon Guggenheim Memorial Foundation la beca que me concedió en 1978-79, durante la cual realicé la investigación en que está basado el presente trabajo. Agradezco igualmente a la Directora de la Biblioteca Nacional de México, la Maestra María del Carmen Ruiz de Castañeda, las facilidades que me concedió y el permiso para publicar los textos que aquí se estudian y editan.

<sup>1</sup> Sobre el Padre Arriola, cf. JOSÉ EUGENIO DE URIARTE y MARIANO LECINA, *Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua asistencia de España desde sus orígenes hasta el año 1773, Parte I, Tomo I, A-B*, Madrid, Imprenta de la viuda de López del Horno, 1925, p. 329b. También ÁNGEL MARÍA GARIBAY et al. (eds.) *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, 2ª ed., México, 1965, p. 120a y b.—Arriola (1698-1768) nació en Guanajuato y murió en Puebla. Fue catedrático de Humanidades y de Retórica en varios Colegios de la Compañía. "Poeta barroco muy considerado en su tiempo hay noticias ciertas de varias obras suyas y de una pieza de teatro, pero hasta nosotros solamente

Arriola (1698-1768) y el éxito notable de su canción, tan famosa en su tiempo como hoy olvidada, parece justo reeditarla para el recuerdo. Junto a ella elijo otra imitación que, aunque de modestísimo valor estético, aún guarda alguno. Respecto a las otras dos, cuyos textos pueden encontrarse en la Biblioteca Nacional de México, únicamente he de citar aquí aquellas partes que mejor revelan el imprevisto decurso de esta serie de canciones.

En el poema del Padre Bocanegra coinciden, enlazadas y yuxtapuestas, múltiples reminiscencias literarias, desde Fray Luis de León hasta Francisco de Quevedo, desde Soto de Rojas hasta Calderón de la Barca, todo dentro del marco anecdótico que con la aniquilación ejemplar de un jilguero ufano le hubo provisto la célebre *Canción real a una mudanza*<sup>2</sup>. En el poema de Bocanegra culmina, por un lado,

han llegado dos" (Porrúa). Las dos obras mencionadas son las *Décimas a Santa Rosalía*, editadas por Alfonso Méndez Plancarte, y la *Canción famosa a un desengaño*, que aquí estudiamos y editamos. Sigo el texto que se encuentra en la Biblioteca Nacional de México, reimpresión de 1767, hecha en México, en la Imprenta del Nuevo Rezado, de los Herederos de Doña María de Rivera, 16 págs., s.n. La primera impresión es de 1755, en la Imprenta de la Bibliotheca Mexicana. Después de 1767, tenemos noticia de que fue impresa en Puebla en 1776, en México en 1778 y 1782. Para la lista de imitaciones, cf. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de la poesía hispano-americana*, Santander, 1948, I, pp. 62-64, en nota 2 a pie de página. Aquí hemos de tratar la de José Manuel Colón Machado (12 págs., I, s.l., s. imp., s.f., s. n.), de la de Tomás Cayetano Ochoa y Arín (16 págs., México: En la Imprenta del Real y más antiguo Colegio de San Idelfonso, s.f., s.n.), y la de Manuel Antonio Valdés y Munguía (8 págs., México: Reimpresión en la Imprenta de los herederos de Doña María de Ribera, 1765, s.n.), la cual también se edita aquí. Todas estas piezas tuvieron varias reimpressiones en México y Puebla. Para el texto de la *Canción famosa a un desengaño* del Padre Matías de Bocanegra, cf. ALFONSO MÉNDEZ PLANCARTE, *Poetas novohispanos. Segundo siglo (1621-1721), Primera parte*, México, 1944, pp. 93-101. Sobre la obra, cf. mi artículo "El poema del Padre Matías de Bocanegra: trayectoria de una imitación", *Thesaurus*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, XXXVI (1981), pp. 1-21.

<sup>2</sup> Aparece en numerosos manuscritos; en 1654 la publicó JOSEF AL-

una rica serie de imitaciones que comenzó cuando Fray Luis imitó la *Canzone delle Visioni* de Petrarca; por otro lado, su obra abre otra serie de imitaciones en el México del siglo XVIII. En realidad, esta serie se abre mucho antes, cuando en 1652 Bartolomé Fernández Talón compone una *Canción moral en que de la belleza efímera de la rosa se sacan documentos floridos para despreciar la humana belleza de las mujeres*<sup>3</sup>. Es lástima que se haya perdido esta obra, pues, a juzgar por la de Arriola y por su título mismo, la canción de Fernández Talón parece ser el eslabón perdido entre la obra de Bocanegra y las de sus imitadores.

La *Canción* de Bocanegra cuenta de un Religioso que en un atardecer de mayo llega a una florida pradera. En gala barroca describe el poeta las flores cual estrellas, el arroyo como Ícaro de cristal, y el colorido deleite del eterno *locus amoenus* que junto con el canto de un jilguero —canto de amor, por cierto— arrebatan el alma de este religioso atormentado y anhelante. Siguiendo la fórmula del monólogo de Segismundo en *La vida es sueño*, "ciego y desesperado", el protagonista irrumpe en una tirada sobre sus arrebatadas ansias de libertad: el religioso quiere dejar de serlo. Cuando ya se resuelve a abandonar el hábito de su orden, un halcón cae como rayo asesino y destroza al ave enamorada. Sobreviene el arrepentimiento y la decisión final de seguir, resignadamente y de voluntad, en estado religioso, tanto más seguro que los peligrosísimos encantos del mundo. En principio, en el poema de Bocanegra no hay ninguna alusión abierta a la realidad erótica; sin embargo, todos sus motivos son de clarísima estirpe simbólica. Todos ellos —vergel, fuente, jilguero con su canto enamorado— apuntan a la realidad y al engaño amorosos. De donde no es de asombrarse que, al hacer su imitación, el Padre Arriola se centre en el meollo mismo de la proble-

FAY en *Poesías varias de grandes ingenios españoles*, sin atribución. (Ed. de José Manuel Blecua, Zaragoza, 1946, pp. 60-63).

<sup>3</sup> MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de la poesía hispano-americana*, pp. 62-63, en la nota al pie ya citada.

mática erótica: el antiguo y nunca olvidado problema de la *religio amoris*. Comienza su canción en otra tarde primaveral —abril florece ahora— y, protagonista ya secularizado y por lo tanto nada ambiguo en sus anhelos, un galán llega al prado con su queja de amor:

sangrientamente herido  
 con las doradas flechas de Cupido,  
 en suspiros deshecho,  
 reventando volcanes por el pecho  
 encaminó sus huellas  
 al prado que de flores viste estrellas.  
 (vv. 15-20)

Arriola no deja en duda a lo que monta esta pasión, no importa cuán doradas sus flechas: “mortal veneno” (v. 25), “áspid sordo cubierto entre las flores” (v. 31). No de otra manera la habían definido Fray Luis y el mismísimo Petrarca en los orígenes de esta serie imitativa<sup>4</sup>. De seguido el Padre Arriola caracteriza a estos amores como idolatría:

Llegó de amores muerto,  
 sin encontrar a sus desdichas puerto,  
 porque adorando estaba  
 una beldad que ciego idolatraba.  
 (vv. 32-35)

En estos versos hemos llegado al centro mismo del difícil nudo que ató en la literatura occidental lo que ha sido llamado desde Gaston Paris amor cortés<sup>5</sup>. Mucho se ha escrito sobre el tema; baste ahora decir que una influyente

<sup>4</sup> Petrarca, en el *Canzoniere*, Soneto XCIX: “Questa vita terrena e quasi un prato,/ che'l serpente tra' fiori e l'erba giace”. Fray Luis en *Las Serenas*: “Retira el pie; que asconde/ sierpe mortal el prado, aunque florido/ los ojos roba; adonde/ aplace más, metido/ el peligroso lazo está, y tendido”.

<sup>5</sup> GASTON PARIS, “Études sur les romans de la Table Ronde. Lancelot du Lac. II-Le conte de la Charrette”, *Romania*, XII (1883), pp. 459-534.

línea crítica argumenta que no hay conflicto alguno entre la religión del amor y la cristiana<sup>6</sup>. A mi juicio, tal no es ni puede ser el caso. Decía Joseph Bédier de la *poésie courtoise*: "Ce que lui est propre c'est d'avoir conçu l'amour comme un culte qui s'adresse à un objet excellent"<sup>7</sup>. Es precisamente por haber concebido el amor como un culto y a la amada como un dios —en realidad, como Dios, porque ella es el *summum bonum*— por lo que la *religio amoris* hubo de entrar necesariamente en conflicto con la cristiana, la del único Dios que es Amor.

Endémica en toda la poesía cortés de la Edad Media, en el siglo xv español la *religio amoris* se revela casi desafortunadamente. Entonces la ética cristiana no puede menos que reprobirla, como en su canción lo hará a su vez el Padre Arriola. Así, ante el espectáculo de tantos Macías redivivos, Fray Íñigo de Mendoza da voz a la condena de la idolatría erótica:

Que hacen las aficiones  
 ser tu dios lo que más amas,  
 bien lo muestran las passyones  
 que en sus coplas y canciones  
 llaman dioses a sus damas  
 . . . . .  
 sy los viesses, jurarías  
 que por el dios de Macías  
 venderán mill Jhesus Christos<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> PETER DRONKE, *Medieval Latin and the rise of European love-lyric*, Oxford, 1968, p. 5.

<sup>7</sup> JOSEPH BÉDIER, "Les Fêtes de mai et les commencements de la poésie lyrique au Moyen Age", *Revue des Deux Mondes*, May, 1896, p. 172. Sobre *religio amoris* en la literatura española medieval, cf. mi libro (firmado Alicia C. de Ferraresi) *De amor y poesía en la España medieval: Prólogo a Juan Ruiz*, México, El Colegio de México, 1970; con respecto al mismo tema en la literatura europea romance, cf. mi artículo "De Guillermo de Aquitania a Francisco de Quevedo: Reflexiones sobre el amor cortés", en el *Anuario de Letras*, XVII (1979), pp. 205-240.

<sup>8</sup> FRAY ÍÑIGO DE MENDOZA (fl. 1482ss.), *Cancionero castellano del siglo XV*. Ed. Raymond Foulché Delbosc, I, *NBAE*, XIX, pp. 46-47.

Los ejemplos de amantes posternaciones ante el altar amoroso son innumerables. Tradición que continúa por todo el Siglo de Oro: nuestros poetas seguirán insistiendo en hacer un templo de la amada. Así Góngora, en un soneto que en su momento habría de sancionar la Inquisición, llama a la hermosa “de pura honestidad templo sagrado”, para culminar en adoración idólatra:

ídolo bello, a quien humilde adoro,  
oye piadoso al que por ti suspira,  
tus himnos canta y tus virtudes reza<sup>9</sup>.

A su vez Francisco de Quevedo reconocerá “volví la adoración idolatría” por quien también considera *templo e ídolo hermoso*, y en cuyas *nobles aras* hace la ofrenda de su ser. Y una vez más la loa a la amada caracteriza bien la estirpe de este amor, “pues religioso alabo lo que adoro”<sup>10</sup>. Podría tener Arriola cualquiera de estos ejemplos en mientes: ¡Son tantos! Empeño inútil es intentar la determinación de la fuente específica, cuando la figura del enamorado en posternación idólatra cunde por doquier. Sin embargo, viene al caso recordar estas instancias en que la amada-templo, con aras y altares, aparece en toda su radiante prosapia, porque tal es la imagen que nos pinta Arriola de su galán, ejemplo de amantes, y por ende arquetipo de enamorados:

por Reina la juró de sus potencias,  
rindiendo a su desvío  
la libertad, el ser y el albedrío;  
y de amantes ejemplos  
colocó el alma por voto de su templo.  
(vv. 57-61)

<sup>9</sup> LUIS DE GÓNGORA, *Sonetos completos*, Ed. Biruté Ciplijauskaitė, Madrid, 1969, p. 111. Sobre la censura de la Inquisición, cf. EDWARD WILSON, *Entre las jarchas y Cernuda. Constantes y variables en la poesía española*, Barcelona, 1977, pp. 247-272: “Inquisición y censura en la España del siglo XVII”.

<sup>10</sup> FRANCISCO DE QUEVEDO, *Obra poética*. Ed. José Manuel Blecua, Madrid, Castalia, 1969, I, pp. 534 y 510.

Pues llega mi ventura  
 las aras a adorar de tu hermosura,  
 y sobre tus Altares,  
 hechos mis ojos cristalinos mares,  
 te ofrece mi albedrío.

(vv. 92-96)

Como era de esperar, el tema de la *religio amoris* no está ausente de nuestro teatro; lejos de ello. Por ser Calderón fuente más que obvia de la canción de Bocanegra y muy popular en el siglo XVIII mexicano, acudir a su obra para ilustrar el tema puede ser iluminador. Interesante resulta, por cierto, el paralelismo de situaciones que puede señalarse con *El Mágico Prodigioso*, donde a la religión del amor se une, como en Arriola, el tema del desengaño, cuando la falacia adorada revela su espantosa vacuidad, al correrse "de la deidad el velo". Entonces Cipriano, el idólatra protagonista, encuentra que

un yerto cadáver mudo  
 entre sus brazos me espera,  
 ¿quién en un instante pudo  
 en facciones desmayadas  
 de lo pálido y caduco  
 desvanecer los primores  
 de lo rojo y lo purpúreo?

(Jor. III, esc. xiii)

Veamos ahora cómo, antes del desengaño, Cipriano define su pasión, tal como hará el galán de Arriola, adorante y celoso:

idólatra me cegué,  
 ambicioso me perdí,  
 porque una hermosura vi,  
 porque una deidad miré,  
 y entre confusos desvelos  
 de un equívoco amor  
 conozco a quien tengo amor  
 y no de quien tengo celos.

(Jor. II, esc. vi)

La demorada descripción del prado deleitoso, que largamente se explaya en cada flor, en pájaros y arroyo —característica de todas estas canciones— posiblemente se da porque el *locus amoenus* tiene carácter simbólico. Huerto cerrado, vergel de delicias ha sido la amada desde el *Cantar de los Cantares*; también lo es en *El Mágico Prodigioso*, donde cada elemento del vergel es figura de los encantos de la hermosa. Aunque larga, vale la pena citar la descripción, puesto que en cada una de estas canciones la destrucción simbólica del prado, en uno o en todos sus elementos, acarrea inmediatamente el desengaño amoroso. Desengaño muy explicable, si como en Calderón, es el vergel espejo y figura de la amada:

la verde prisión ufana  
de la rosa cuando avisa  
que ya sus jardines pisa  
abril, y entre mansos hielos  
el alba es llanto en los cielos  
lo que es en los campos risa;  
el detenido arroyuelo  
que al murmurar más suave  
aun entre dientes no sabe  
porque se los prende el hielo;  
el clavel, que en breve cielo  
es estrella de coral;  
el ave que liberal  
vestir matices presume,  
veloz cítara de pluma,  
el órgano de cristal;  
el risco que el sol engaña,  
si a derretirlo se atreve,  
pues, gastándose la nieve,

no le gusta la montaña;  
el laurel que el pie se baña  
con la nieve que atropella,  
y, verde Narciso della,  
burla sin tener desmayos,  
en esta parte los rayos,  
y los hielos con aquélla;  
al fin, cuna, grana, nieve,  
campo, sol, arroyo o rosa,  
ave que canta amorosa,  
risa que aljófares llueve,  
clavel que cristales bebe,  
peñasco sin deshacer,  
y laurel que sale a ver  
si hay rayos que lo coronen  
son las partes que componen  
a esta divina mujer.

(Jor. II, esc. xviii)

En el poema de Arriola el vergel se condensa en la suprema hermosura de la rosa, que al ser destruida conlleva la destrucción del vergel todo, de toda la hermosura. La rosa como símbolo de arquetípica belleza y de no menos arquetípica fragilidad es uno de los temas más universales de la literatura de todos los tiempos. Sin embargo, con refe-



rencia a esta canción, no me asombraría que Arriola haya elegido la rosa, y no el jilguero de Bocanegra, por haber tenido presente la imitación de Fernández Talón, que desde el título mismo resume el desengaño en la rosa, símbolo ejemplar de la efímera belleza femenil.

La amada de esta canción, en sus esquivaces, repite otro de los temas más comunes de la *religio amoris*, el de la *belle dame sans merci*, también ella más dura que mármol a las quejas del loco enamorado. Tras el engañoso efluvio del jardín, acontece el momento crucial: Edén de la Caída una vez más desde siempre, el amante se resuelve a quebrantar los desdenes de su despiadada deidad, aunque le cueste la vida. Decisión semejante a la del idólatra Cipriano, tomada en estados de ánimo muy paralelos. Cipriano se sabe ciego y loco; nuestro galán se reconoce triste prisionero de un engaño. Uno daría el alma, el otro la vida: siendo ambos atormentados de sobra conscientes de su locura. Cierto es que el enamorado de Arriola no se encuentra cara a cara con Satanás y le vende el alma. Pero esto es simplemente cuestión de argumento dramático, no de ética. La decisión del galán ("he de perder la vida o ser tu dueño") implica igualmente la pérdida del alma. También él ha elegido a un falso dios en el "necio frenesí de su locura" (v. 381). Así como Cipriano ha de ver en un esqueleto la vanidad total de su intento, nuestro galán lo verá en el cadáver de una rosa, en nuevo desvanecimiento "de lo rojo y lo purpúreo".

Como es sabido, la conversión de Cipriano termina en noble martirio. En la canción de Arriola, el galán se hace religioso. Posiblemente aquí intervenga otra fuente, también obra de Bocanegra: su *Comedia de San Francisco de Borja*. Es ésta una pieza de teatro escolar escrita en 1640, en ocasión de la llegada del Marqués de Villena, nuevo Virrey de México<sup>11</sup>. La anécdota de la conversión de San

<sup>11</sup> JOSÉ JUAN ARROM, *Certidumbre de América. Estudios de Letras, Folklore y Cultura*, La Habana, 1959: "Una desconocida comedia mexicana del siglo XVII", pp. 27-49. Sigo a Arrom en los textos de la comedia.

Francisco de Borja, Duque de Gandía, se conoce sobradamente. Habiendo muerto la bellísima emperatriz Isabel, Borja acompaña sus restos hasta Granada. Al llegar, se descubre el cadáver, y se revela la otrora hermosa en horrible putrefacción. Entonces Bocanegra hace que el futuro santo irrumpa en emocionado monólogo:

Que aquí paró tan verde primavera.  
 No más servir señor que se me muera.  
 Herido estoy, mi Dios, y arrepentido  
 de lo mal que he vivido.

Algo más adelante, en clara imitación del monólogo de Segismundo en el primer acto de *La vida es sueño*, Borja medita:

Hermosura ¿qué te has hecho?  
 Beldad ¿dónde te escondiste?  
 Salud ¿cómo te perdiste?  
 Vida ¿cómo te has deshecho?  
 Lozanía ¿qué provecho  
 conserva tu lucimiento,  
 si eres flor expuesta al viento,  
 si rosa eres bella y roja  
 que a un embate se deshoja  
 y se marchita a un aliento?  
 . . . . .  
 Pues si a girasol aspiro,  
 ¿cómo no temo una helada?  
 Si soy ave remontada,  
 ¿cómo no recelo un tiro?  
 Si dulce arroyo me miro,  
 ¿quién me podrá ser apoyo  
 para no hundirme en el hoyo,  
 que es como el mar de la muerte,  
 acabando de una suerte  
 hombre, flor, ave y arroyo?

La semejanza de motivos con la canción de Arriola es evidente. Y no sólo de motivos. Hasta la temática del poema es aquí más cercana a la comedia de Bocanegra que a su

célebre canción. El "no más servir señor que se me muera" es idéntico en sentimiento a los versos de Arriola: "porque es grande locura/ idolatrar belleza que no dura" (vv. 504-505). Su galán, que se convierte a la vida religiosa luego de desengañarse de quien fuera su señor, efímera belleza del siglo —tal amada y flor— es mucho más cercano a San Francisco de Borja (quien también se vuelve hacia la vida religiosa tras idéntica experiencia), que al religioso de la canción de Bocanegra. Éste anhela la libertad, la cual para él monta a dejar un hábito que siente cárcel, y su revelación es revelación de los peligros de lo libre mucho más que de lo efímero de lo bello. O sea, el protagonista de la canción de Arriola y el de la comedia de Bocanegra viven una experiencia similar, acuñada en muy similar *ubi sunt*. Nada tiene de sorprendente que al secularizar a la víctima del desengaño, Arriola recordara otra obra del mismo autor cuyo poema estaba imitando. Tanto más cuanto que esta obra trata del más famoso ejemplo de desengaño ante la hermosura y del más notable caso de conversión a la vida religiosa tras el desengaño que podía presentar la historia de la Compañía de Jesús. Por otro lado, como imitación del monólogo de Segismundo, el de la comedia se relacionaba directamente a la canción imitada en el pasaje crucial, ya que idéntica es la fuente. Debido a todas estas razones parece oportuno indicar la posibilidad de un caso de imitación conjunta de dos obras de Bocanegra.

En esta serie de canciones, la del Padre Arriola introduce el motivo de un protagonista laico que se ha de convertir a la vida religiosa, tras un desengaño que le hace rechazar el error amoroso. Las otras tres canciones que hemos de tratar nos presentan exactamente la misma situación. Ahora bien, en el poema de Arriola la circunstancia ética del amante es muy clara. Se trata de un caso de *religio amoris*, perfectamente definido, obviamente idólatra. La revelación final salva a un alma perdida en el error, y en error grave. Su canción es la expresión poética de la condena a un hábito espiritual condenable desde siempre en la ética y la teología cristianas. Volvámonos ahora a otra imitación. Esta vez

el versificador tiene en cuenta tanto el poema de Bocanegra como el de Arriola, y lo mismo que en las otras dos imitaciones que seguirán, prefiere el motivo del protagonista laico y enamorado. José Manuel Colón y Machado se demora como todos ellos en primavera, prado y arroyo, en pájaros y flores. Su amante, no menos atormentado, también él confuso y vacilante, llorando lágrimas crecientemente hiperbólicas, está, como el de Bocanegra, "ciego y desesperado". Me pregunto yo por qué. La causa de tanta furia, de tan rabioso despecho es nimia. Este desenfrenado simplemente padece de mal de ausencias. Y "de ausencias padeciendo" sufre el desengaño cuando al llegar la noche se destruye el vergel todo. Entonces —claro— se resuelve a "no más idolatrar belleza que no dura". El verso ha sido tomado de Arriola, pero no ciertamente la idolatría, de la que aquí no hay huellas. Colón y Machado ha seguido de cerca su fuente en todo lo superficial, pero no la ha entendido. El amante será desmesurado, pero no es idólatra. Su culpa, de existir, solamente está implícita en la misma irracionalidad de sus furores. Pero esta irracionalidad parece más torpeza literaria del escritor, que error moral de un protagonista demasiado mal caracterizado para poder culparlo de nada. Desde aquí se comienza a vislumbrar ya una pauta de confusión ética.

Tanto el Padre Bocanegra como el Padre Arriola, que naturalmente conocían muy bien su teología moral, eligieron como previas al desengaño circunstancias sin duda peligrosas para la salvación del alma cristiana. Ya sea la tentación de los libérrimos placeres del mundo, ya sean los altares de la religión del amor, ambos casos implican serias confrontaciones del hombre con riesgos fatales para su destino último. Con Colón Machado los lindes éticos comienzan a desvanecerse, y el fundamento de la culpa desaparece.

Cuando el buen impresor Antonio Valdés y Munguía<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Sobre Valdés y Munguía (1742-1814), cf. el ya citado *Diccionario Porrúa*, p. 165b. Nació y murió en la Ciudad de México. En 1764 imprimía para el Colegio de San Idelfonso. Tuvo Valdés los honores de impresor de cámara y gozó de reputación de haber sido uno de

escribe su imitación de las dos célebres canciones, el amante —ahora desesperado de celos— será desengañado por la muerte súbita de una feliz pareja de tórtolos que se acariciaban tiernamente (vv. 115-130). El cielo se oscurece, el prado ve destrozada su florida hermosura y, recordando la muerte del jilguero de Bocanegra, se prepara suerte diferente, pero no menos catastrófica:

No ya neblí de garras, sino un rayo,  
a acabar con rigores  
las delicias, el gusto, los amores  
que gozaban gustosos  
aquellos dos esposos,  
que al estruendo del rayo, con gran susto  
acabaron su gusto,  
y acabó su alegría,  
quedando hechos los dos ceniza fría.  
(vv. 187-195)

Testigo de la catástrofe, el enamorado se arrepiente de una vida pasada en vicios y delitos (v. 201), que nada nos había hecho sospechar. Una vez más, no se nos ha dado una causa válida de la culpa de esta supuestamente alma perdida. Esto ya había ocurrido en el poema de Colón Machado. Lo nuevo y muy curioso es que desde ahora el ejemplo del desengaño sea el símbolo por excelencia de la felicidad conyugal. Una cosa es la aniquilación del jilguero que ufanamente canta sus amores, o la de una rosa en su efímera soberbia, o la del vergel con las seductoras miríadas del encantamiento: todas destrucciones ejemplares, por ser adecuadas figuras del error subyugante. Volver ceniza fría una pareja de tiernos esposos es ejemplo peregrino y, de seguro, espejo harto inadecuado de pasión culpable. ¿O es que acaso se nos está diciendo que a lo que hay que renunciar es al espejismo del amor conyugal? Semejante lucubración pare-

los mejores y más exactos impresores que tuvo México, en palabras de Beristáin. Fue también literato y dio a la stampa obras en prosa y verso. Su mérito principal reside en la redacción y publicación de las *Gacetas de México*.

cería disparatada, y de no haber más pruebas podría uno contentarse con achacar el disparate a la torpeza de un verificador poco afortunado en su elección de símbolos.

Si teológica y éticamente es necesario y meritorio señalar el grave error de una pasión idólatra, no es prudente ni deseable elegir como objeto y ocasión del desengaño un amor que la Iglesia santifica en sacramento y en el cual ve figura de su santa unión con Cristo. Y, sin embargo, hacia tal sinrazón nos lleva el último avatar de estas canciones. Se trata de la que discurrió Tomás Cayetano de Ochoa y Arín. Un noble cortesano llega gozoso y libre al siempre florido vergel, donde aparece una triunfal carroza arrastrada por cuatro hipogrifos (caballos que han cobrado tan resonante nombre seguramente por recordar Ochoa el primer verso de *La vida es sueño*). En el espectacular carruaje reluce de belleza una "gallarda ninfa", Flora, Venus, Diana en la suma de sus perfecciones. Ante tan hiperbólica belleza, el cortesano pierde su libertad porque, naturalmente, se enamora. Amores bien felices, ya que, después de los correspondientes años de noviazgo, se casa con la amada. Ochoa no deja ni sombra de dudas al hablar de este gozoso y fecundo amor conyugal:

con tres prendas amadas  
 quedaron las alianzas confirmadas  
 de su amor elegante;  
 sin que jamás lo amante  
 dejara su cuidado;  
 y más enamorado  
 estaba en posesión  
 que aun en la pretensión  
 que le obligó al empeño  
 de su divino dueño;  
 pues no enfriá, no, el favor  
 en siendo verdadero, al firme amor.  
 En aqueste sosiego  
 del amoroso fuego  
 los consortes queridos navegaban,  
 y sus glorias pasaban

en sumos regocijos,  
con las prendas amadas de sus hijos.

Luego de diez años de felicidad la esposa muere de una fiebre voraz. Entonces, llorando a mares, el pobre marido sale de la casa y regresa al vergel donde un día, para su felicidad, se enamorara. Allí reconoce su engaño:

No te engañen sus verdores  
que aun en sus fragancias hallo  
la nada de que se forman  
para el aplauso del campo.  
En una yerta hermosura  
hallo fijo el Desengaño,  
que era asombro de bellezas  
y ahora es de errores presago.

¿De qué errores? ¿Cuál es el crimen ahora? ¿El matrimonio, la sosegada felicidad, la prole? En fin, que el sin causa arrepentido amante, reconociendo errores que no podemos ni columbrar, renuncia al mundo y acaba *Docto* y *Prudente* su vida singular en el convento. A no ser que este noble cortesano hubiese creído que los seres humanos son inmortales —culpa de crasa ignorancia en tal caso—, no ha habido aquí ocasión ninguna para el desengaño, puesto que no la hubo para el engaño. De la canción de Arriola a esta imitación de Ochoa y Arín pasamos por una trayectoria de sendas cada vez más turbias. Tal vez más que turbias, enturbiadas por bien intencionada ignorancia. Salvo el omnipresente prado, ha cambiado todo. Un hombre llega libre y sin culpas, se enamora sanamente y se casa con la mujer querida para vivir en santa paz entre gozosa prole. La esposa se le muere, no partida por un rayo ni precipitada en lóbrego abismo, sino simplemente de enfermedad, en su cama y en su casa. El marido se lamenta y llora. Nada más natural. Y sin embargo es de esta natural felicidad, de este gozo limpio y legítimo, que ha de desengañarse. La incomprensión de la canción de Arriola, el admirado modelo, ya es absoluta.

El paso de una situación claramente definida y sin duda gravemente pecaminosa en la *Canción a un desengaño* del Padre Arriola, se torna con sus imitadores, menos duchos en teología y menos diestros en poesía, en oportunidad para fortuitos desengaños, cuya causa va menguando en culpa y desvaneciéndose en sentido. Así la perenne regla de oro de Horacio, regla áurea de nuestra poética, ese deleitar enseñando que desde Fray Luis de León informa una riquísima serie de imitaciones, anega en estos versos instrucción y deleite. Bocanegra y Arriola lo sabían: *sic transit gloria mundi*.

ALICIA DE COLOMBÍ-MONGUIÓ

Bennington College, Vermont.

*Canción famosa a un desengaño\**

Por el M.R.P. Juan de Arriola, de la Sagrada Compañía de Jesús

- 1 Una apacible tarde  
 en que hizo Abril de su matiz alarde,  
 copiando sus pinceles  
 en tabla de esmeralda los claveles,  
 5 para ir equivocando  
 al soplo lento del Favonio blando  
 por la playa feliz de sus arenas,  
 rojo carmín con blancas azucenas,  
 triste un Galán salía  
 10 a divertir la fuerte tiranía  
 con que un duro cuidado  
 le traía el corazón atravesado,  
 pidiéndole a los Cielos,  
 o el remedio de amor, o el de los celos.  
 15 Sangrientamente herido  
 con las doradas flechas de Cupido,  
 en suspiros deshecho

\* Reproduzco fielmente los textos, pero en consideración al lector e impresor, modernizo la ortografía, puntúo y marco los acentos según las reglas actuales.



- reventando volcanes por el pecho,  
encaminó sus huellas  
20 al Prado, que de Flores viste estrellas.  
Mas como en la refriega  
del interior cuidado en que se aniega,  
jamás le deja con sosiego el alma,  
pisó el terreno,  
25 bebiendo a tragos el mortal veneno  
que con tirana suerte  
era el sangriento origen de su muerte,  
siendo en tal cruel fatiga  
el amor mismo que en su pecho abriga  
30 en campo de verdores  
Aspid sordo cubierto entre las flores.  
Llegó, de amores muerto,  
sin encontrar a sus desdichas puerto,  
porque adorando estaba  
35 una beldad que ciego idolatraba,  
cuya esquivia hermosura  
blanda al desdén, a los favores dura,  
inhumana homicida,  
que no buscaba en él más que una vida,  
40 y ella a los rayos de sus ojos muere  
como matarlos muchas veces quiere;  
intentan sus rigores,  
sangrientos matadores,  
para mayor tormento  
45 dejándole vivir con el aliento,  
con tantas esquiveces  
darle la muerte a pausa muchas veces.  
De sus afectos ciego  
más se encendía con el desdén del fuego;  
50 y con gotas calientes,  
rotos los ojos en perennes fuentes,  
apagar pretendieron  
los mares de su llanto y no pudieron,  
porque para aplacar tantos pesares  
55 cristal no tienen duplicados mares.  
A sus dulces violencias,  
por Reina la juró de sus potencias,  
rindiendo a su desvío

- la libertad, el ser y el albedrío;  
 60 y de amantes ejemplo  
 colocó el alma por voto de su Templo.  
 Echaba los gemidos  
 de mil en mil al viento repetidos,  
 mirando a su tormento  
 65 que el viento se llevó lo que es del viento,  
 sin reprimir un tanto  
 los copiosos raudales de su llanto;  
 por ver si se aliviaba  
 consuelo entre sus lágrimas buscaba,  
 70 mas como ardiente el fuego,  
 Vesubio inquieto, llama sin sosiego,  
 del agua se alimenta,  
 crece más con el llanto la tormenta,  
 y sin poder sufrirla  
 75 aun cuando trata más de divertirla,  
 si el corazón espacia  
 le acorta más la vida su desgracia.  
 Buscó a sus ansias medio  
 por no morir de pena sin remedio,  
 80 apelando a las voces,  
 quizá por más veloces,  
 con el retrato de su bella ingrata,  
 que a los rigores del desdén lo mata,  
 que en el pecho tenía  
 85 bien estampado porque en él vivía.  
 Volviéndose a su pecho,  
 fluctuando el alma en tan terrible estrecho,  
 razonando con ella  
 comenzó de esta suerte su querella:  
 90 Ah, dulce amada prenda,  
 ¿qué obsequio te haré yo que no te ofenda?  
 Pues llega mi ventura  
 las aras a adorar de tu hermosura,  
 y sobre tus Altares  
 95 hechos mis ojos cristalinos mares,  
 te ofrece mi albedrío,  
 tu desprecio merece por ser mío.  
 Si el alma agradecida  
 quiere entregar a tu deidad la vida

- 100 para que en luces claras,  
lámpara brille en tus hermosas aras  
y sea envuelta en pavesa,  
holocausto feliz de tu belleza,  
con un desdén esquivo,
- 105 venenoso alimento de que vivo,  
blasonando de fiera  
con esa esquiva condición severa,  
para no dar tu deidad de humana indicio,  
desechas de mi amor el sacrificio.
- 110 ¡Ay fingida Sirena,  
motivo dulce de mi triste penal  
¿Quién previniendo acasos  
cuando alegre gozaba de tus brazos  
se hubiera dicho entonces
- 115 que los jaspes, los mármoles y bronces  
que de firmes blasonan  
y aun de firmeza reyes se coronan,  
habían de caer en breve,  
ruina feliz en movimiento leve?
- 120 Pues sola tu mudanza  
me acabó en un instante la esperanza,  
porque en rigor tan fiero  
muriendo viva, pues de celos muero;  
y lo que es para mí mortal beleño
- 125 es verte, ingrata, en brazos de otro dueño.  
Pero vive entendida,  
imán del pecho, norte de la vida,  
que aunque a costarme llegue  
que al filo de un puñal el alma entregue,
- 130 a costa de mis males  
he de rendir la vida a tus umbrales.  
De esta suerte llorando,  
sus penas a deliquios suspirando,  
por el campo de Flora
- 135 corriendo van las lágrimas que llora,  
cuando en un breve instante  
aquel mil veces infeliz amante  
tendió al Prado la vista,  
cuartel donde se alista
- 140 bajo de la bandera

- de la fértil, fragante Primavera,  
en campaña de olores  
todo un ejército de flores,  
emulando con ellas
- 145 el brillante escuadrón de las Estrellas  
que en campo de Zafiro  
marchando van al paso de su giro.  
Allí el clavel ardido,  
brasa olorosa, múrice encendido,
- 150 hizo que ardiera luego  
porque no falte en su cuartel el fuego.  
Las rosas lisonjeras  
fabricando de espinas sus trincheras,  
aplicando el esfuerzo
- 155 por detenerse a combatir el cierzo.  
La Azucena olorosa,  
la flor entre las flores más hermosa,  
dio para hacer la salva  
por la mañana al bostezar el Alba,
- 160 del aljófár que bebe  
en perlas netas, munición de nieve,  
mas por si se agotaran  
y a una carga cerrada se acabarán,  
sino pueden las rojas,
- 165 de espadas blancas le servían sus hojas.  
Todo el vergel florido  
de luminosos Astros esparcido,  
bordaba en sus tapices  
lúcida primavera de matices;
- 170 pero entre todas brilla,  
octava de las flores maravilla,  
por lucir efímera centella  
brillante luz en púrpura de Estrellas.  
Al brillo de su rayo
- 175 en las campañas fértiles de Mayo  
o en la Esfera de Diana,  
delectable relámpago de grana,  
rojo tuvo su orgullo  
el purpúreo botón de su capullo.
- 180 Y en las hojas se veía  
en dos miradas dividido el día.

- Sus ojos embelesa  
al ver su gentileza,  
que como no hay entre ellas quien le iguale  
185 la Rosa entre las flores sobresale,  
de más bella blasona  
y por Reina del Prado se corona.  
Las Aves, que volando  
estaban su belleza contemplando,  
190 por mirar su hermosura  
con música y dulzura  
al métrico compás de su donaire,  
siendo clarines, que templaba el aire,  
no ya cantando fúnebres endechas,  
195 se despeñaron animadas flechas.  
Y las que habían salido giro a giro,  
hasta el diáfano golfo de Zafiro,  
por ver en la campiña  
el rubio rosicler con que se aliña,  
200 desprendidas al campo desde el Cielo  
suspendieron el curso de su vuelo,  
sin que el dulce rumor de su voz pause,  
mansión hicieron en un verde sauce,  
que por vaguear el monte falda a falda  
205 obelisco se encumbra de esmeralda.  
Alternándose a coros  
los músicos sonoros  
iban bajando uno a uno  
al matizado imperio de Vertumno.  
210 Enamorado a tornos  
el purpúreo carmín de sus adornos,  
rozando con sus alas  
el encendido nácar de sus galas.  
Vivientes Carabelas  
215 soltando de las alas las dos velas,  
cada uno la enamora  
por beber de las perlas que atesora;  
mas si alguna se asienta  
por agotar aljófares sedienta,  
220 cuando a sentarse llega,  
en golfos de coral, luces navega.  
Otras más atrevidas,

- sin recelar que queden encendidas  
al incendio voraz de sus ardores,  
225 en clavereada hoguera de colores  
batieron de su pluma el abanico  
para chupar la grana con el pico,  
y el vuelo apresurando,  
con el céfiro blando retozando,  
230 las que lo consiguieron  
en copas de rubí fuego bebieron.  
Chocando con las peñas,  
inmóviles centinelas de las breñas,  
del Monte despeñado  
235 al corazón del Prado  
bajaba un Arroyuelo  
roto con grillos de cristal y yelo,  
corriendo su viveza  
con presurosa priesa  
240 por aquellos jardines,  
fugitiva culebra de jazmines.  
Las aguas cristalinas  
salpicadas de rosas clavellinas  
por el campo corrían  
245 (si ya no es que de amor se derretían)  
cuando los alhelfes  
trocando blancas perlas por rubíes,  
y al correr presuroso,  
nevada sierpe de cristal undoso,  
250 en sus vidrios retrata  
la que visten las flores escarlata,  
con propiedad tan suma  
rizando montes de escarchada espuma,  
que al verle en el reflejo  
255 de tan lucido espejo  
es cada flor, en tan fragante abismo,  
narciso enamorado de sí mismo.  
Argentada serpiente,  
las rosas encrespó de su corriente,  
260 que con feliz influjo  
donde reina la Rosa se condujo,  
y al mirar el Arroyo su belleza  
con labios de cristal su planta besa.

- En trastes de diamante  
265 el Arroyuelo errante,  
que con números sonoros se desata,  
templó las cuerdas de marfil y plata,  
y con sólo moverlas  
en liras de cristal trinaba perlas.
- 270 Las Aves placenteras,  
poniendo en punto el pico, lisonjeras,  
cada una hasta las nubes se levanta  
y el órgano rompiendo su garganta,  
con amorosos quiebros,
- 275 a la Rosa le dicen mil requiebros,  
que en ella agradecidos  
en breve se miraron aplaudidos  
porque al compás del canto,  
dando a las flores general espanto,
- 280 con reverencia airosa  
la cabeza inclinó cortés la Rosa.  
Todo aquello miraba  
el tierno corazón que ardiente estaba,  
e izando las alas de su vuelo,
- 285 dentro del mismo pecho un Mongibelo,  
y como quien envidia su fortuna  
llorando sus desdichas una a una,  
al ver su regocijo,  
al Arroyo y al Ave así les dijo:
- 290 «Arroyo fugitivo,  
confín undoso de alabastro vivo,  
que con presteza extraña  
corres por la campaña,  
rotos los cauces de tu térrea vena,
- 295 bullicioso galán de la Azucena.  
Volantes mariposas,  
que, por chupar la púrpura a las Rosas,  
sois con acentos graves  
en el músico coro de las Aves,
- 300 surcando el elemento,  
organizadas cítaras del viento,  
que bien estáis mostrando  
vosotras riendo, cuando Yo llorando,  
que vivís muy ajenas

- 305 al inmenso diluvio de mis penas;  
pues a llorar desdenes,  
fuentes los ojos de cristal perennes,  
con dura tiranía  
no le viérais el rostro a la alegría.
- 310 Yo vivo sumergido  
en el profundo seno del olvido,  
y para mayor daño  
soy triste prisionero de un engaño.  
A una hermosura adoro
- 315 y solamente sus desdenes lloro.  
¡Oh, dichosas mil veces,  
que no lloráis amargas esquivaces!  
Porque si las lloráis  
y en el mar del desdén os anegárais,
- 320 ni el Arroyo pudiera  
alas calzar a su veloz carrera,  
por ser en la floresta  
Ave, que tira a la carroza Vesta,  
batiendo en verde pluma
- 325 cristalinos carámbanos de espuma.  
Ni la AVECILLA inquieta  
rayo veloz, exhalación cometa,  
surcar el aire vago  
sin verte del desdén funesto estrago.
- 330 Yo creo, Arroyo ruidoso,  
que en un instante falleciera el gozo  
si tiranas las flores  
cambiaran sus obsequios en rigores;  
y las Aves canoras
- 335 no tuvieran de vida muchas horas  
si con rostro halagüeño,  
con semblante risueño,  
desatando la Rosa sus prisiones  
no pagara en ámbar sus canciones.
- 340 Pero como felices  
galanteais en el Prado sus matices,  
no podéis entretanto  
equivocar la risa con el llanto.  
¡Oh, soberanos Cielos!
- 345 pues voy muriendo a manos de mis celos,



- decidme: ¿en qué ley cabe  
que el Arroyo veloz, alegre el Ave,  
que sin amor nacieron,  
luego que de la nada a luz salieron,  
350 estén gozando con feliz descanso  
privilegios de amor que Yo no alcanzo?  
Y Yo (pierdo el sentido)  
con voluntad nacido,  
en mi [in]felice suerte  
355 esté bebiendo en un desdén la muerte?  
¡Ay, hermosura esquivá!  
¿qué instante habrá, que de penas no viva?  
Si te idolatro fino,  
muriendo estoy a manos del destino,  
360 pues cuando más me halagas  
con tus desdenes mis amores pagas;  
y aunque afable me miras  
he sido siempre el blanco de tus iras.  
Pues ¡vive Dios! tirana,  
365 que antes que rompa el Alba la mañana,  
con amante denuedo  
he de probar si puedo,  
vivo ejemplar de la mayor fineza,  
quebrantar de tu pecho la dureza;  
370 y más que a sangre y fuego  
has de quedar vencida de mi ruego.  
Afuera resistencia,  
insufrible rigor de mi paciencia,  
que ya desesperado  
375 no hay imposible al hombre reservado;  
y puesto en el empeño  
o he de perder la vida o ser tu dueño».  
De esta suerte diciendo  
y ya resuelto el paso resolviendo,  
380 ejecutar procura  
el necio frenesí de su locura;  
cuando vio que la noche,  
al Sol precipitando de su coche,  
por el monte rodeaba,  
385 y en el mismo momento que bajaba,  
cubierto de tinieblas

- fluctuaba el Orbe entre confusas nieblas,  
poniendo en el Zafir, en verdes luces,  
funestos lutos, lúgubres capuces,  
390 y por negras alfombras  
entapizando el Cielo con las sombras.  
Con la tiniebla fría  
la Rosa marchitó su lozanía,  
dejando sepultados sus verdores  
395 en un oscuro túmulo de horrores.  
El carmín nacarado  
al duro cierzo de la noche helado;  
el nácar encendido  
sin matiz, sin verdor, sin colorido;  
400 el ámbar que respira  
tocando los horrores de la Pira,  
y toda la hermosura  
mudada en palidez de sepultura.  
El Arroyo ruidoso  
405 suspendió sus corrientes impetuoso,  
y a mover no se atreve  
yerto de jazmín y nieve.  
Las aves sin aliento  
de ser dejaron cítaras del viento,  
410 cerrando con el susto  
el período postrero de su gusto.  
Aquí de angustias lleno,  
revolviendo congojas en el seno,  
comenzó a abrir los ojos  
415 para ver los arrojos  
a que infeliz se entrega  
guiado de una pasión, que siempre ciega.  
Sirviendo en su delirio  
el desengaño a tiempo de colirio,  
420 mudarse en otro piensa  
y así consigo a razonar comienza:  
"Advierte la ceguedad,  
Alma, en que hasta ahora has vivido,  
que suele ser discreción  
425 hurtar el cuerpo al peligro.  
En una difunta Rosa  
tus desengaños has visto;

- desengáñete su fin  
pues te engañó su principio.
- 430 En túmulos de esmeralda  
yace su color marchito,  
triste despojo del cierzo,  
helado cadáver frío.  
¿Qué se hizo aquel esplendor,
- 435 aquel matizado alifio  
con que la Rosa en el Prado  
era embeleso del Río?  
Ya expiró, dejando solo,  
para el escarmiento mío,
- 440 en sus fragantes cenizas  
señales de lo que ha sido.  
¿De qué le sirvió a la Rosa  
brillar en el verde sitio,  
si el nacer y el expirar
- 445 vino a ser a un tiempo mismo?  
Toda aquella verde pompa,  
todo aquel luciente brío  
¿fue más que breve vapor  
que ya la noche deshizo?
- 450 ¿Es más cualquiera hermosura  
que un tierno vapor florido  
que en la noche de la muerte  
lanza el último suspiro?  
¿Es más que una tierna flor
- 455 cualquier belleza del siglo  
que la última hora del día  
es su primer parasismo?  
Vuelve los ojos a ver  
el Arroyo fugitivo,
- 460 y verás que a sus corrientes  
les puso la noche grillos.  
Vuelve a mirar a las Aves,  
y verás enmudecido  
el clarín de su garganta
- 465 y el órgano de su pico.  
¿De qué le sirvió al Arroyo  
tanto torno cristalino  
si al fin acabó su amor

- deshecho estrago de vidrio?  
 470 ¿Qué consiguieron las Aves,  
 centellas sin estallido,  
 si por fin vino a acabar  
 tanta música en gemidos?  
 En fin, que todo se acaba.
- 475 La Rosa acabó en deliquios,  
 el Ave acabó en desmayos,  
 y acaba el Arroyo en giros.  
 Pues en Ave, Arroyo y Rosa  
 que escarmientes es preciso,
- 480 para no poner tu amor  
 sino en un bien infinito".  
 Pues si todo se acaba,  
 dijo en la misma pena que lloraba:  
 "Dejarte mundo quiero,
- 485 porque salvarme con dejarte espero;  
 y pues en tus prisiones,  
 surcando el alma en mar de confusiones,  
 tus desengaños toco,  
 a Dios, a Dios mil veces, mundo loco,
- 490 que ya para mi daño  
 bastó ser prisionero de tu engaño.  
 Que Yo de aquí adelante,  
 Peregrino del Cielo caminante,  
 volviendo atrás la rienda
- 495 al Cielo buscaré la mejor senda,  
 y en los páramos tristes de un desierto  
 daré a entender que estoy al mundo muerto.  
 Porque si yo del mundo aborrecido  
 mi eterna salvación he conseguido,
- 500 con corazón profundo  
 renuncio al ciego amor que aprecia el mundo;  
 mas si de amor peligro en dulce calma  
 no quiero amor con pérdida del alma.  
 Porque es grande locura  
 idolatrar belleza que no dura".

FIN

Reimpresa en México, en la Imprenta del Nuevo Rezado, de los Herederos de Doña María de Rivera, Calle de San Bernardo, Año de 1767.

*Canción /a la vista de un desengaño/* dispuesta por Antonio Valdéz y Munguía, hijo de esta Nueva España.

- 1 Una alegre mañana  
en que la Diosa Flora, en todo ufana,  
bordaba con primores  
en Campañas de Mirtos y de Flores  
5 figuras tan hermosas  
compuestas de Claveles y de Rosas,  
que, aunque ella las pintaba,  
de ver copia tan bella se admiraba;  
pues allí la Azucena,  
10 de cándidos ornatos toda llena,  
pasaba por galante  
a hacerle competencias al Diamante.  
El Clavel encarnado  
15 de la Rosa se veía festejado,  
siendo su carmesí  
envidiado en el todo del Rubí.  
Y en fin, las Rosas bellas  
haciendo competencia a las Estrellas,  
según lucía cada una  
20 eran Estrellas, eran Sol, y Luna.  
Y aun mi Musa parece  
que al conjunto de luces no encarece,  
pues allí parecía  
que habiendo el Gran Titán, Rubí del día,  
25 su carro a Faetón fiado,  
segunda vez se veía despeñado,  
no en el famoso Río  
que el Monumento fue de su albedrío,  
sino entre la Floresta  
30 que Panteón de sus rayos hizo Vesta,  
porque allí las Eliadas  
en Estatuas se vieran transformadas,  
que de aquellos Jardines  
Cornucopias tuvieran los Jazmines,  
35 sirviéndole de adorno

- al lucido contorno  
que era ya transformado en alta Esfera  
de olorosas Estrellas primavera.  
A este sitio en que Flora se recrea,  
40 de Venus Catre y Cielo de Amaltea,  
donde las tiernas Aves  
con dulces trinos, con acentos graves,  
divierten su Capilla,  
que es de olores la octava maravilla.  
45 Un noble Ciudadano  
a divertir sus penas salió en vano,  
pues remedio no hallaba  
cuando en ellas su pecho naufragaba.  
Desahogar pretendía  
50 la llama horrenda que en su pecho ardía  
mirando de las flores  
lo vario de matices y colores;  
y lo que hallaba entre ellas  
era más ocasión a sus querellas  
55 viendo que entre delicias  
gozaban del amor libres caricias,  
cuando él con mil desvelos  
prisionero se veía de sus celos,  
por ser aborrecido  
60 y de toda esperanza desposeído.  
Y así desesperado,  
entre lágrimas tiernas anegado,  
se quejó de esta suerte  
para explicar la causa de su muerte:  
65 “—Hermosísimas Flores, que hechiceras  
enamoraís las Aves más sonoras  
suspendiendo los tiempos y las horas  
por ser en la floresta duraderas.  
Que bien significáis, que ya parleras  
70 os saludan al alba más canoras,  
cuando a sus ojos sois encantadoras,  
que enmudecen sus flautas vocingleras.  
Si llenas de mis penas y pesares  
os hallárais cubiertas de temores,  
75 puede que vuestras glorias singulares  
convirtiéndose fueran en rigores

- para que vuestros ojos, vueltos mares,  
lloraran sin consuelo sus amores".  
De esta suerte llorando
- 80 y por su mar de penas navegando  
llegó a una tierna fuente,  
cuya tersa corriente  
desatando raudales,  
fluctuaba nieve en ondas de cristales,
- 85 llevándole el sentido  
su bullicioso ruido  
a aquel Amante, que en amarga calma,  
quedó sin corazón, quedó sin alma.  
Despertó del letargo
- 90 después de un rato largo  
y encaminó su vista  
al prado, que al verdor fragancia alista.  
Allí se veía a la Rosa  
tan fragante y hermosa
- 95 que su vista dudaba  
si era Estrella o si flor la que campeaba.  
Veía allí la Azucena  
de copos de nieve toda llena,  
admirando en sus ampos
- 100 ver que no se derriten en los Campos;  
y veía enternecido  
el Clavel encendido,  
que en Campaña de rojos Carmesíes  
disparaba por saetas, Alelúes.
- 105 Toda esta Estancia amena  
del Clavel, de la Rosa y Azucena,  
miraba aquel Amante  
con pecho de cristal, no de diamante,  
cuando Dios disponiendo
- 110 el ir a Sí atrayendo  
a aquella Alma perdida,  
de esta suerte la llama a nueva vida.  
En el vistoso monte,  
cuya cumbre llegaba al horizonte,
- 115 una Tórtola estaba,  
la cual acariciaba  
con bastante alegría

- a su dulce y amante compañía,  
revolando el contento,  
120 sin dejar de halagarle ni un momento.  
Dábanse cariñosos  
los manjares sabrosos  
que en los picos tenían,  
publicando los dos que se querían.
- 125 A este Monte volvió  
la vista aquel Amante y luego vio  
la Tórtola y su Esposo,  
que mostrando las creces de su gozo  
uno al otro peinaba con su pico
- 130 un vistoso plumaje o abanico.  
No cesaban sus ojos  
de destilar despojos  
por aquellas corrientes  
que el continuado llanto hizo dos fuentes,
- 135 y lleno de ternura,  
viendo su desventura,  
para explicar sus penas a las Aves  
de este modo razona en voces suaves:  
“Alegres AVECILLAS,
- 140 que apacibles y tiernas,  
explicáis con arrullos  
tan amorosas quejas:  
Decidme: ¿en qué ley cabe  
que tan triste padezca,
- 145 cuando gozáis vosotras  
del amor libremente las cadenas?  
No es mi albedrío más grande  
y de mayor Esfera  
que el que obtenéis vosotras
- 150 por la naturaleza?  
¿Pues cómo a mí los Cielos  
de disgustos me cercan,  
haciendo a mis amores  
el blanco de sus iras siempre adversas?
- 155 Si Lubesis tirana  
pretende que fallezca,  
que viere en mí de su Arco  
las inclementes flechas;



- y si acaso los Dioses  
160 permiten tal tragedia,  
venza al instante el rayo,  
dispárese al momento la centella.  
Pues si de males tantos  
morir mi pecho espera,  
165 será darle la vida  
hacerle más ofensa.  
Y así Cielos y Dioses,  
venga la muerte fiera,  
pues más vale morir  
170 que vivir entre sustos y entre penas,  
De esta suerte diciendo,  
iba el llanto excediendo,  
formando en las arenas  
copiosos manantiales de sus penas,  
175 cuando el Cielo nublado  
y el Céfito y Favonio alborotado  
formó tal obscurana  
y de rayos porción tan inhumana  
que parecía que el Cielo  
180 se venía derrotado a caer al suelo.  
Ya en aquellos Jardines  
se veían destrozados los Jazmines;  
las Rosas y Azucenas  
de horror estaban llenas  
185 y todo el prado ameno  
de su anterior belleza muy ajeno;  
bajando su desmayo  
no ya un Neblí de garras sino un Rayo  
a acabar con rigores  
190 las delicias, el gusto y los amores  
que gozaban gustosos  
aquellos dos Esposos  
que al estruendo del rayo, con gran susto  
acabaron su gusto  
.....  
195 y acabó su alegría,  
quedando hechos los dos ceniza fría.  
Aquí ya convencido  
aquel Amante, vuelve arrepentido,  
y con lágrimas tierno,

- 200 a pedirle perdón al Dios Eterno  
de la vida pasada,  
en delitos y vicios ocupada,  
detestando humillado  
con aquestas razones su pecado:
- 205 “—Contempla, Alma mía, contempla  
tus gustos y tus placeres  
y verás por momentáneos  
lo breve que desaparecen.  
Vuelve a mirar a esas Aves
- 210 que envidiabas libremente  
y verás su libertad  
como les buscó la muerte.  
¿Antes no se coronaban  
con amorosos Laureles
- 215 siendo contrarios de Dafne  
en no usar sus esquivaces?  
¿Pues qué género de gusto  
fue el que tuvieron si en breve  
ya el Panteón les hizo Cloto
- 220 sobre la faz de Cibeles?  
Vuelve a encaminar la vista  
a esos Jardines alegres  
y verás pálidas ya  
las Rosas y los Claveles.
- 225 ¿Qué se hizo la undosa plata  
de aquella vistosa fuente?  
¿Qué su murmullo gracioso  
y sus ondas transparentes?  
Ya a la Rosa el cierzo helado
- 230 ¿no le hizo probar la muerte?  
Ya a ese cristalino arroyo  
¿no le paró su corriente?  
¿Pues en qué se funda, en qué,  
ese discurso que tienes,
- 235 cuando el nacer y espirar  
a un mismo tiempo a ser viene?  
Muere la Rosa en el Campo,  
mueren en el Mar los Peccs,  
y, en fin, a todos les dura
- 240 su vida, un momento breve.

- Todo cuanto el Mundo abarca  
y lo que el Orbe mantiene,  
dure poco o mucho, al fin  
llega a su Ocaso y Poniente.
- 245 Pues afuera hay varios  
ya es preciso que escarmiente,  
siguiendo como los justos  
al Dios que me favorece".  
Esto dijo, y volviendo
- 250 el rostro a aquella Cueva, fue subiendo  
por la espinosa falda  
de aquel Monte vestido de esmeralda,  
donde, habiendo llegado  
y habiendo en ella entrado,
- 255 hizo en la misma Cueva de su engaño  
penitencia a la luz de un Desengaño.

Reimpresa en la Imprenta de los Herederos de Doña María  
de Ribera. Año de 1765.